



## La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud

Ana Carratalá Marco

### Respondiendo a una invitación

**H**ay invitaciones que por inesperadas y desafiantes, no dejan opción para el no, por muy abrumadoras que inicialmente parezcan. Tratar de responder a la invitación de contemplar nuestra vida de pareja y familia, encontrando en su historia y en su futuro la presencia de Dios Padre y la compañía de Jesús, supone un reto desconcertante y a la vez ilusionante, que no podemos hacer sino desde el agradecimiento por *tanto bien recibido*.

Las aportaciones que recojo en estas páginas son fruto de la reflexión dialogada y compartida con Paco, mi marido, compañero y amigo, con el que he vivido bajo techos diferentes o bajo el mismo techo casi las tres cuartas partes de mi vida. Pero también incorporan gran parte de lo vivido y reflexionado con muchos compañeros de este apasionante viaje: nuestros hijos, nuestros amigos, la familia, miembros de las distintas comunidades a las que hemos pertenecido, compañeros de trabajo y un largo etcétera que no hace más que aumentar nuestra profunda gratitud.

121

### Introducción

Como cualquier ser humano, en cada uno de nosotros existe un anhelo de plenitud, un proyecto de felicidad, previo a esa construcción compartida que hemos decidido hacer como pareja y como familia. Nuestra familia, y me atrevería a decir que como todas las familias, comenzó a gestarse en el seno de la de nuestros progenitores y fue conformándose gracias a encuentros y experiencias compartidas que han ido definiendo nuestra manera de entender y situarnos en este mundo. A lo largo de este tiempo hemos tenido que ir tomando decisiones, abriendo puertas que inevitablemente cerraban otras, dando pasos inciertos y sin retorno. Hemos cometido errores, no cabe duda, pero desde esta mirada retrospectiva me siento en

Ana Carratalá Marco

paz con lo vivido y diría que no me arrepiento de las decisiones tomadas (sí del daño que consciente o inconscientemente haya podido provocar).

Siempre he tenido la profunda convicción de que el éxito de las decisiones no puedo atribuirlo a mis análisis y razonamientos. He creído que el

*Nuestra familia  
comenzó a gestarse en  
el seno de la de  
nuestros progenitores y  
fue conformándose  
gracias a encuentros  
y experiencias  
compartidas.*

Padre, a través del discernimiento o incluso de formas que no llego a comprender, ha sido el que ha guiado mis pasos para no errar en las opciones que ahora me hacen sentir coherente y feliz por haberlas tomado. Las conversaciones con Paco en torno a la apacible taza de café de las mañanas del domingo, las reflexiones sobre textos de eruditos con el grupo de catequistas y la escucha de los que me rodean, me han llevado a pensar que ni siquiera utilizar un impecable discernimiento ignaciano nos asegura que podamos llegar a la mejor elección, que a veces ofrece un abanico de posibilidades y en ocasiones no

muestra ninguna opción plausible. Ignacio no solo nos ha ayudado a elegir lo “bueno”, sino que también nos ha ayudado a hacer “bueno” lo elegido. Y esto nada tiene que ver con la autocomplacencia ni con el optimismo burgués, sino con descubrir la voluntad de Dios en las distintas circunstancias que la vida nos plantea, aunque no sea lo que emocionalmente o racionalmente hubiéramos elegido. “Las buenas decisiones significan un sí incondicional a los aspectos tanto positivos como negativos que conlleva cualquier opción”.<sup>1</sup> Pues lo que realmente aporta plenitud no es solo la decisión concreta tomada, sino vivirla como un regalo que se te ofrece para construir Reino con las opciones de las que dispones y sentirte feliz con ello.

Por tanto, al contemplar nuestra vida para descubrir la presencia de Dios en ella, la profunda gratitud que brota en nosotros no es por haber conseguido una vida ni modélica ni buena según los cánones al uso, ni tampoco por no haber equivocado nuestras decisiones, sino porque hemos tenido la gran ventura de vivir cada paso de nuestro camino como una posibilidad de plenitud, no solo en el éxito y en la alegría, sino también en el fracaso, en el dolor infringido o recibido o en el error.

Dios no es perfección sino plenitud y nos da la posibilidad de transformar nuestras vidas rutinarias, anodinas o erradas, en vidas con sentido, sintiéndonos partícipes del proyecto que Jesús nos mostró y que generación tras generación, hemos creído posible a pesar de los desmanes históricos o

122

<sup>1</sup> J. MARTIN, S.J., *Más en las obras que en las palabras. Una guía Ignaciana para (casi) todo*, Sal Terrae, Santander 2013,332.

*La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud*

personales cometidos: la construcción de su Reino de amor, justicia y paz. Como afirma Joan Chittister, “el verdadero milagro, pienso, consiste en que Dios nos proporciona todo lo que necesitamos en la vida para alcanzar la plenitud viviendo correctamente las vidas que tenemos, por muy miserables que sean”<sup>2</sup>.

**La familia: un proyecto de amor o amor hecho proyecto**

Es difícil definir cuándo surge el anhelo de una vida compartida con otra persona, que quiere desbordarse generando vida a su alrededor. Desde que me alcanzan los recuerdos, me veo jugando a papás y mamás, arrastrando cochecitos, preparando biberones o fantaseando con príncipes azules en el mundo casi perfecto de nuestros sueños, fruto en gran parte de los estándares sociales que se ofrecía a los niños y niñas de los años 60, tratando de mantenerlos ajenos al contexto sociopolítico que hacía añicos estas ensueñas.

Pero afortunadamente esas circunstancias no impedían ir explorando, entre juegos y experiencias, otros deseos profundos de realización. No todo eran cocinitas, príncipes y princesas; también jugábamos a maestros, médicos, aventureros, artistas y hasta a toreros, aunque esto ahora no hubiera sido políticamente correcto.

Todo ello permitió, en un tiempo en el que a las niñas ya se nos preguntaba qué íbamos a ser de mayores y en el que se confiaba en un futuro que tenía que ser mejor que lo que teníamos, ir identificando nuestros deseos más profundos, nuestros sueños y anhelos que, de una u otra forma, han ido marcando nuestros pasos.

Toda mi formación hasta llegar a la universidad, la hice en colegios religiosos. Primero las Hijas de la Caridad, después las Siervas de San José y por último, ya en COU, con los Jesuitas. Con sus luces y sus sombras, tengo que agradecer haber recibido en todo este tiempo, a través del carisma de cada una de estas órdenes religiosas, la conciencia de que nuestras vidas tienen un sentido, que están llamadas a la plenitud y que debemos tomar conciencia de cuál debe ser nuestro lugar y nuestra contribución en este mundo.

Aún estaba en primaria cuando me sentí claramente llamada a ayudar a los demás a través de la medicina, una disciplina que cada vez me atraía más tanto desde lo humano como desde lo científico. Mantuve claro mi objetivo hasta que en COU mi experiencia con los jesuitas me abrió otros

<sup>2</sup> J. CHITTISTER, *En busca de la Fe*, Sal Terrae, Santander 2000, 44.

Ana Carratalá Marco

horizontes, que sin embargo no quebrantaron mi voluntad de iniciar esta carrera.

No puedo decir que en el contexto familiar y educativo de mi infancia se nos alentara mucho a soñar ni a emprender grandes empresas, quizá por ser una realidad bastante alejada de las cunas de las “grandes personalidades” de nuestro momento. Pero de una manera sencilla sí me transmitieron que Dios tenía un sueño para cada uno de nosotros y que, como dice el proverbio africano, “donde hay un sueño, hay un camino”. Quizá tuve la suerte de recibir el aliento, la aceptación y el cariño para intentarlo. Esto me ayudó a explorar mis potencialidades, a tomar conciencia de mis limitaciones y a creer que era capaz de emprender proyectos que, aunque no siempre me han llevado al lugar previsto, me han permitido alcanzar resultados valiosos en mi vida y a disfrutar agradecidamente de lo que he ido encontrando a cada paso.

El deseo y la pasión movilizan, aunque necesiten de la razón y la prudencia para interpretar si la dirección que nos proponen es coherente con nuestro proyecto de felicidad. Como dice Paco, me apasiono con la vida, con las cosas que emprendo o me gustaría emprender, con las experiencias que busco o recibo. Y es que la vida me parece apasionante, incluso cuando no todo sale como tú quieres. También es cierto que esto mismo me ha llevado a cometer un buen número de errores.

San Ignacio nos invita a pedir a Dios por “lo que quiero y deseo”. Poner abiertamente nuestros deseos ante Dios nos ayuda a distinguir los deseos arbitrarios y caprichosos de los que entran en coherencia con nuestra esencia y realizan nuestro proyecto de vida con sentido<sup>3</sup>.

El encuentro con el otro no escapa a esta dinámica. La relación con los demás no nos deja indiferentes, sino que despierta gran cantidad de emociones en nosotros que nos puede llevar desde el rechazo a pretender entrelazar toda nuestra existencia con el otro y construir así un proyecto compartido de felicidad. Claro que cuando se nos acerca o nos acercamos a alguien cuya presencia acelera nuestra frecuencia cardiaca, no tenemos todos estos análisis en la cabeza. Quizá solo buscamos pasar más tiempo con él o ella, tener un contacto más íntimo o disfrutar de la mutua compañía.

Mi encuentro con Paco se produjo en un momento en el que ambos estábamos definiendo nuestros sueños y el camino que queríamos seguir. Cada uno habíamos ido concretando nuestro sueño personal y profesional con bastante precisión: él con la agronomía y yo con la medicina. Los grupos

<sup>3</sup> MARTIN, S.J., *op. cit.*, 337-340.

*La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud*

de vida cristiana en los que participamos en el colegio de los jesuitas nos ayudaron bastante a ello. Cuando todo parecía claro, ambos sentimos el deseo, o la llamada a través del deseo, de estar juntos, de entrelazar ambos proyectos. Una aventura un poco difícil ya que la aspiración profesional de cada uno, nuestras carreras, iban a hacer que estuviéramos separados 7 años, en un momento sin Skype, ni móvil, ni Whatsapp, en el que las llamadas desde la cabina y las largas cartas de los domingos por la tarde eran nuestros apoyos para compartir, y a menudo también para definir, nuestras vidas en las ausencias hasta el encuentro en vacaciones.

Nuestra relación de pareja iba creciendo a la vez que crecía nuestro amor y el proyecto de cómo queríamos vivirlo. El seguir en grupos cristianos de espiritualidad ignaciana nos proporcionó ocasiones de reflexionar, juntos y por separado, sobre todo aquello que hacíamos o queríamos hacer. El ambiente universitario, en el que la razón frecuentemente se imponía como el lugar en el que podíamos encontrar alguna seguridad que nos ayudara a afrontar el futuro, rara vez nos permitía dejar cabos sueltos sin tratar de tenerlo todo bien atado. ¿Ingenuidad o soberbia? Quizá una mezcla de ambas cosas en los años de juventud en los que nos creemos capaces de cualquier cosa.

Más pronto que tarde, afortunadamente, te das cuenta de que no somos tan dueños de nuestro destino. Experiencias duras y gozosas, encuentros inesperados y el descubrimiento de que el mundo real sobrepasa infinitamente los círculos en los que has crecido y te has sentido seguro, te demuestran que las cosas no son tan claras. La muerte de un padre en un momento no esperable, el contacto directo con personas con nombre y apellidos que pertenecían al anónimo grupo de los marginados a los que sabíamos que Jesús prefería, la responsabilidad de autogestionarse y la obligación hacia otros que dependen de ti, entre otras experiencias, agitan profundamente los pilares de tu existencia. Pero también inesperadas vivencias gozosas, como sentirte feliz trabajando con y por otras personas, compartir la vida en profundidad con los amigos o descubrir la grandeza de personas que nunca hubieran despertado nuestro interés, provocan un viraje en tu vida.

Algo que aprendimos desde jóvenes fue a encontrar momentos de paz en los que reflexionar sobre el sentido de los acontecimientos y cómo reorientar nuestras vidas, teniendo en cuenta la mirada de Jesús. Yo llegaba a esos momentos, bien en ejercicios o convivencias, con la pretensión más o

*Compartir la vida en profundidad con los amigos o descubrir la grandeza de personas que nunca hubieran despertado nuestro interés, provocan un viraje en tu vida.*



Ana Carratalá Marco

menos explícita de encontrar un orden que diera sentido a lo que yo ya había decidido hacer y he de confesar que no estaba muy dispuesta a perder el control de mi vida y de mi futuro y dejarme llevar confiadamente por las manos de Dios. Recuerdo la sorpresa que sentí cuando en una de aquellas primeras experiencias oí la propuesta de la indiferencia ignaciana. Casi me indigné cuando escuché por primera vez de nuestro querido Pepo Olmos que quizá ser médico o casarme con Paco no era el absoluto que yo creía que era. Entonces no entendí nada y aunque me queda mucho para vivir la libertad de la indiferencia ignaciana, he de reconocer que las decisiones que me han hecho más feliz en mi vida han sido aquellas que he tomado tratando de seguir esa orientación de San Ignacio, tan cercana al “hágase en mi según tu palabra” (Lc 1, 38), que en lugar de sometimiento te abre a la libertad.<sup>4</sup>

Quizá porque pasó bastante tiempo desde que nos conocimos hasta que pudimos celebrar nuestro compromiso mutuo con el matrimonio, tuvimos la suerte de hacer un sosegado proceso de discernimiento y tomar libre y conscientemente la decisión de casarnos. También tuvimos suerte de no estar solos en todo este proceso. Los grupos de vida cristiana, las Comunidades Cristianas Populares, los amigos, la familia y otra gente muy querida nos ayudaron a interpretar nuestros anhelos y a orientarlos hacia el camino de la felicidad compartida. Ahora, dos proyectos se encontraban y se hacían uno, un camino que seguiría encontrando obstáculos, encrucijadas, recovecos y desviaciones, pero que era apasionante recorrer juntos sabiéndonos acompañados en cada paso.

126

### Proyecto común-proyecto de familia

La decisión de casarnos, de convertir nuestro compromiso en sacramento, nos llevó a plasmar nuestras ilusiones en un proyecto que compartimos con los grupos cristianos a los que cada uno de nosotros pertenecíamos en ese momento. Recuerdo como un dato de lucidez sobre nuestra propia vida la paradójica respuesta que ambos grupos nos ofrecieron. El grupo de Paco, formado por universitarios inspirados por la espiritualidad ignaciana en un centro de pastoral jesuítica de Valencia, nos evidenció que había muchos aspectos que concretar y vimos, con ellos, que efectivamente había lagunas que no sabíamos o no queríamos definir, o como ellos decían, en las que no nos mojábamos. Unos días más tarde, presentamos el mismo proyecto a la comunidad de base de las Comunidades Cristianas

<sup>4</sup> T. FORCADES, *Por amor a la justicia*, Ediciones HOAC 2015, 51.

*La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud*

Populares en la que yo participaba y a la que Paco se incorporó cuando regresó a Alicante. Quedaron altamente sorprendidos del nivel de detalle con el que habíamos definido lo que queríamos que fuera nuestra vida en común, instándonos a que nos dejáramos sorprender por lo que Dios tuviera preparado para nosotros. A pesar de la aparente contradicción de uno y otro contraste, ambos han sido y son verdades en nuestra vida. No sabría decir si es defecto o virtud, pero necesitamos en nuestra vida definir metas y trazar caminos para tratar de alcanzarlas, para no sentirnos perdidos. Pero una y otra vez podemos comprobar cómo el trazado se tuerce y podemos llegar a lugares a menudo más satisfactorios que los que habíamos previsto, agradeciendo el haber confiado y habernos dejado llevar.

*Como para tantos padres y madres, hemos recibido a nuestros hijos como el mayor regalo que se nos podía ofrecer, llenándonos de gratitud y felicidad.*

Entre todo lo previsto en nuestro proyecto, entre todas las empresas que íbamos a acometer y como cariñosamente nos hicieron ver nuestros amigos de las comunidades populares, no aparecía el deseo de tener hijos y formar una familia. Quizá por ser los primeros de los amigos más cercanos que nos casábamos y no estar acostumbrados a rodearnos de niños, a pesar de que siempre habíamos querido tener hijos.

127

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que de forma natural surgió en nosotros un deseo intenso de concebir hijos, aunque tardaron algunos años en llegar como una evidencia más de que nuestros planes iban por un lado y la vida por otro. Primero Carlos y a los dos años Ana aportaron a la vez felicidad y un bendito caos a nuestras vidas. No es difícil entender cuantas veces en esta época nuestra tranquilizadora planificación se iba una y otra vez a pique y en ello, y no solo en el cariño y ternura que despiertan los niños, también encontramos la huella de Dios.

Al poco tiempo volvió a prender en nosotros el deseo de seguir ampliando la familia. Tuvimos tiempo de discernir, de revisar nuestra vidas y nuestro compromiso con nuestro trabajo, parte fundamental de nuestro proyecto. Un razonamiento sistemático inclinaba la balanza hacia los aspectos en contra, pero dejarnos llevar por el deseo aparentemente irracional de querer gestar otra vida, trajo a Carmen a nuestra familia, un nuevo regalo y para nosotros una demostración más de que en el deseo podemos encontrar la llamada de Dios.

Como para tantos padres y madres, hemos recibido a nuestros hijos como el mayor regalo que se nos podía ofrecer, llenándonos de gratitud y felicidad. A pesar de las inquietudes de cada etapa, de las ocupaciones y

Ana Carratalá Marco

preocupaciones, nos permiten disfrutar intensamente de la vida, descubriéndolos a ellos día a día, etapa a etapa y volviendo a descubrir el mundo desde sus ojos. Como dice Nolan, esta es una de las razones por las que Jesús eligió a los niños como modelo de humildad y confianza, pero también para aprender de su sentido del asombro y de la alegría.<sup>5</sup>

A lo largo de estos 25 años la familia ha supuesto para todos nosotros una experiencia de comunión, en el sentido más amplio del término. Es algo más que compartir un lugar en el espacio y en el tiempo. Es una experiencia que se construye desde la cotidianidad del día a día, que vence las rutinas creando espacios de encuentro que van dotando de sentido nuestras vidas, que nos ayudan a comprenderlas, a quererlas y a acompañarlas. Estos momentos que hacen especial lo cotidiano van conformando vivencias que siendo físicamente temporales nos trasladan a significados eternos y nos hablan de esa otra realidad a la que nosotros llamamos Dios. Leonardo Boff<sup>6</sup> nos hace ver que lo cotidiano está lleno de sacramentos “como señales que contienen, exhiben, rememoran, visualizan y comunican otra realidad diversa de ellas, pero presente en ellas”. En nuestra vida de familia, de una manera natural o a veces de forma más preparada, hemos tratado de cuidar estos momentos portadores de significados que van más allá de lo perceptible y que han sido momentos que nos han comunicado Vida: las cenas en la cocina en las que nos reuníamos toda la familia y hablábamos del colegio, de los abuelos, de los amigos, del trabajo, de moda o de agujeros negros, de política o de ...; las mañanitas de los días de cumpleaños que nos recordaban año a año el milagro de la vida; las noches de verano en la terraza gestando proyectos, volcando preocupaciones o simplemente contemplando las estrellas y las luces de la ciudad; los momentos especiales en el sofá, cuando en torno a unas velas encendidas rememoramos o anticipamos celebraciones especiales de nuestras vidas como la Navidad, comuniones, confirmaciones, aniversarios o las partidas a lugares más o menos lejanos donde cada uno debía buscar su horizonte; los paseos por la playa que nos inspiraban a compartir reflexiones; los viajes en el coche familiar en los que los kilómetros se llenaban de juegos, interesantes conversaciones y de alguna que otra pelea por ver quien se ponía en la ventanilla o elegía la música.

Muchos de esos momentos pasaron y las actuales circunstancias no los hacen repetibles. Sin embargo permanecen en todos nosotros, forman

128

<sup>5</sup> A. NOLAN, *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*. Sal Terrae, Santander, 2011, 163.

<sup>6</sup> L. BOFF, *Los sacramentos de la vida*, Sal Terrae, Santander, 1983, 21-22.



*La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud*

parte de nuestra historia que es la que nos hace vivir nuestro presente, una historia construida desde el cariño y desde el encuentro con el otro, que trata de reconocer a cada uno como es y ayudarlo a ser lo que puede llegar a ser, tratando de hacerlo desde la humildad, para que los afectos no nos cieguen y nos hagan perder lucidez sobre nosotros mismos y nuestras vidas. Esta realidad familiar se construye no solo con cariño, sino también con comunicación, con confianza, haciéndonos partícipes de la vida del otro, compartiendo momentos dulces y momentos de conflicto, y sobre todo disfrutando del regalo de la vida compartida y de la que cada uno ha decidido emprender. Los proyectos de unos y otros, sus pasiones o sus actividades son igualmente un regalo compartido, ya que abrirse a la vida de cada uno, abre nuevos horizontes a los demás experimentando el valor de la diversidad, no solo en talentos sino también en los retos que las dificultades nos ponen delante como una oportunidad. Me plenifica sentir como propios los proyectos de Paco, Carlos, Ana o Carmen, pero siento también que mi trabajo con las personas con discapacidad intelectual, que es una buena parte de mi vida y del sentido de la misma, forma parte de nuestra vida familiar y la enriquece y, a pesar de las tensiones de conciliación vividas en otros momentos, me siento profundamente apoyada y acompañada por ellos.

129

No es fácil abrir las puertas, ayudar a vislumbrar horizontes que a cada uno le merezca la pena perseguir y hasta empujar la salida vaciando poco a poco el nido. Pero tratamos de aprender a querer en libertad, a desprendernos de nuestros apegos tal como Jesús nos enseñó<sup>7</sup>, con un amor que nos fortalezca y nos identifique pero que a la vez nos proyecte libremente más allá de los límites de la propia pareja, de la propia familia. La familia no puede ser una jaula de oro, en la que el confort nos acomode y nos ausente de la realidad del mundo, sino un espacio de encuentro y crecimiento que nos haga descubrir y nos impulse a la misión que cada uno va descubriendo.

No entendemos la familia como un espacio cerrado y bien delimitado que proteja a sus miembros y excluya a los ajenos. La entendemos como escuela de amor y solidaridad y María y José son un buen ejemplo para ello. Atribuimos a las últimas décadas los cambios más profundos en la estructura familiar que a muchos alarma por lo que pueda conllevar de pérdida de los valores que se atribuían al modelo de familia tradicional. Sin embargo, Jesús que creció en una familia modelo de amor, fue el primero

<sup>7</sup> NOLAN, *op. cit.*, 172.

Ana Carratalá Marco

en romper con los parámetros tradicionales de la estructura familiar (Lc 8, 21)<sup>8</sup>. Así, los límites de la familia se difuminan y se permeabilizan y esto, más que una pérdida de valores, puede transformarse en esperanza para muchas personas excluidas que pueden encontrar su espacio familiar aunque no haya vínculo de sangre. Se trata de una invitación a abrir los límites, no solo para permitir la salida de quienes tienen que volar, sino la entrada de aquellos con los que podemos compartir y enriquecer mutuamente nuestras vidas. La familia, por tanto, está compuesta por quienes nos consideramos como familia.

### 25 (y más) años después: algunas claves desde la experiencia

La celebración del sacramento del matrimonio supuso para nosotros un fortalecimiento de nuestro vínculo que no obstante debíamos ir alimentando día a día. El diálogo, la confianza plena en el otro, la sinceridad aunque nos doliera, el profundizar la realidad y trascender la cotidianidad y el buscar momentos especiales han sido claves para hacer de estos más de 25 años de casados un camino que no perdiera novedad y seguir viviéndolo como la opción de vida más atractiva y coherente con nuestra vocación. Con el tiempo vamos aprendiendo a afinar estas dinámicas que hacen de la convivencia un espacio apetecible y de libertad. Pero también vamos aprendiendo a identificar aquellas cosas que fundamentan esa convivencia.

Cuando nos casamos, elegimos un cuento de Tony de Mello<sup>9</sup> para ilustrar nuestras tarjetas de invitación, aquel que habla de una pareja que preguntaba al maestro qué debían hacer para que su amor perdurara. La respuesta del maestro fue “amad los dos juntos otras cosas”.

A lo largo de nuestra vida de pareja hemos tenido ocasión, con mayor o menor conciencia, de hacer realidad este cuento. Amar juntos a nuestros hijos y las cosas que ellos aman ha fortalecido nuestra unión y ha hecho crecer más el amor entre nosotros y la necesidad de desbordarlo.

Pero la enseñanza del maestro nos ha llevado como pareja y como familia a mirar más allá de los muros de nuestro hogar.

Hemos aprendido a amar el proyecto del otro, aquel que empezó a realizarse antes de conocernos y que ha seguido desarrollándose fortalecido por el impulso y el apoyo del otro. El proyecto de cada uno es a la vez de los dos, pero sabiendo lo importante que es mantener un respeto profundo por el otro y por su propia concepción del propósito de su vida. Dentro de estos

<sup>8</sup> J. A. PAGOLA, *Jesús. Aproximación histórica*, PPC 2008, 290-291.

<sup>9</sup> A. DE MELLO, S.J., *¿Quién puede hacer que amanezca?*, Sal Terrae, Santander 1986, 125.

*La familia: escuela de aprendizaje de Dios, espacio de plenitud*

proyectos, lo profesional adquiere un peso importante como la forma personal de contribuir a la construcción de un mundo más justo y más humano. Pero los espacios de realización personal no se agotan en los trabajos sino que incluyen compromisos sociales, familiares, relacionales o aficiones. La vida de cada uno se ha enriquecido con el respeto a la del otro.

Pero el cuento de Tony de Mello también se ha cumplido realizando juntos proyectos, actividades o aficiones que nos han sacado de nosotros mismos y que, aunque a veces pudieran incomodarnos, han enriquecido enormemente nuestras vidas.

Si algo bueno hemos conseguido en este camino ha sido porque hemos tenido la fortuna de contar con una familia y amigos que, además de ofrecernos su afecto, han sido referentes y apoyo para construir nuestras vidas.

“Lo que contribuye a una buena amistad contribuye también a una buena relación con Dios”<sup>10</sup>. Recojo del libro de James Martin, *Más en las obras que en las palabras*, esta frase que puede definir bien lo que supone para nosotros el acompañamiento de nuestros amigos. Ellos forman una parte muy importante de nuestros afectos y por tanto de lo que nos hace felices. Nos gusta pasar tiempo juntos, hablar, compartir momentos importantes, reír, disfrutar de la vida,... todo ello sintiéndonos queridos y sabiendo que, aunque pase mucho tiempo sin vernos, podemos contar unos con los otros. Esta forma de vivir la amistad nos acerca a Dios ayudándonos a entender cómo puede ser la relación con Él. Pero también nos ayuda a encontrar momentos en los que, desde la espiritualidad ignaciana, tomar conciencia de dónde están nuestras vidas, agradecer todo lo que éstas nos ofrecen, identificar y dolernos de nuestros fallos y, sabiéndonos perdonados, trazar nuevos futuros con esperanza. Este acompañamiento, que supone abrir el corazón y escuchar a los demás para interpretar la propia vida, se ha hecho especialmente valioso en momentos claves de nuestra trayectoria como pareja y como familia, en los que nos hemos tomado tiempo para reformular los proyectos matrimoniales desde la fe. Destaco y agradezco en este sentido los encuentros que llamamos REM que iniciamos con otras parejas con motivo de la celebración de los 25 años de matrimonio y que seguimos cultivando como un apoyo fundamental en nuestras vidas.

*La espiritualidad ignaciana nos ayuda a tomar conciencia de dónde están nuestras vidas, agradecer todo lo que éstas nos ofrecen e identificar y dolernos de nuestros fallos, sabiéndonos perdonados.*

<sup>10</sup> MARTIN, *op. cit.*, 117.

Ana Carratalá Marco

Y la Fe es la última clave que quiero destacar como sustancial en nuestro proyecto de pareja y de familia, ya que ha estado presente desde su origen. No solo ha sido una referencia en nuestra toma de decisiones sino que nos ha ayudado a vivir la vida desde una dimensión que todo lo transforma. Sentirse querido incondicionalmente por Dios, tanto en los momentos felices como en los de desolación, nos ayuda a entender nuestro compromiso de amor. Y a la vez, nos hace ver a Dios en el otro, entender su amor a través del amor del otro. Esta Fe que recibimos de otros, se ha ido alimentando a través de personas y comunidades, de la oración, de la experiencia compartida, de las lecturas y las reflexiones. La recibimos como un regalo y como tal tratamos de transmitirlo. Es una semilla que al plantarla, bien en la familia, en los jóvenes de la catequesis o en otros espacios, no sabes qué es lo que brotará. No nos corresponde a nosotros predecir los frutos. Solo cabe confiar en que Dios sabrá hacerlos crecer de la mejor manera.

Nosotros vemos nuestro sueño más que cumplido cuando al hacer llegar estás páginas a nuestros hijos, uno de ellos nos contesta:

*“Cuando leo que vuestra idea de Dios os ha permitido vivir la vida como la contáis, me alegro de estar comulgado y confirmado, ya que, salvando las posibles distancias metafísicas que nos separen, el Cristianismo que he mamado de vosotros es un claro referente en mi modelo ético y moral”.*

El tiempo pasa y la vida cambia. Y seguimos tratando de orientarla de la mejor manera pero sabemos que solo llegará a su plenitud si estamos atentos para decir libremente sí a lo que Dios nos tiene preparado, desde el deseo, desde la esperanza y desde la fe. Como dice Joan Chittister, “el Dios en el que un día decidimos creer es el que determina el resto de la vida para nosotros”<sup>11</sup>. Confiamos en que así sea.

132

<sup>11</sup> CHITTISTER, *op. cit.*, 31.